

BERLIN, SINTOMA DE UNA GRAVE ENFERMEDAD

Más que el triunfo, por moderado que fuese, del espíritu de negociación, el aplazamiento condicionado del factor tiempo—un elemento absolutamente fundamental—en el ultimátum del jefe del Gobierno soviético sobre la cuestión alemana, que se había agudizado mucho por Berlín, pudiera ser el primer resultado positivo de la decisión del presidente de los Estados Unidos de no permitir a la U. R. S. S. el logro fácil de nuevas victorias en las batallas de la guerra fría. Por extraña paradoja, esta victoria norteamericana—o esta derrota soviética, como más guste—, en una de las escaramuzas más importantes de la guerra fría, pudiera facilitar más bien que entorpecer el desarrollo de negociaciones sobre la más persistente y peligrosa de las cuestiones que aún están pendientes desde los días de la segunda guerra mundial. Esquivado, aun cuando sólo sea momentáneamente, el dilema acuciante de la humillación o el holocausto nuclear, hacia el cual habían derivado las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. a juicio de John F. Kennedy, próximo ya a cumplir el primer aniversario de residencia en la Casa Blanca, se podría pensar, con una mayor sensación de sosiego, en lo que de una forma u otra nunca ha estado a mucha distancia del plano de lo actual o, por lo menos, de lo posible: la celebración de negociaciones en busca de una salida a esa grave y con frecuencia muy peligrosa situación.

«Un paso en falso sobre Berlín podría fácilmente sumir el continente de Europa en la guerra», declaró este verano lord Home, secretario del *Foreign Office* británico, en la Cámara de los Lores. La declaración de Nikita S. Jruschef en el XXII Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S., celebrado en la última mitad de octubre pasado, en Moscú, anunciando el abandono de la parte más apremiante y perentoria de la decisión de firmar un tratado de paz con la Alemania oriental, antes de la terminación del año de 1961, lo cual de hecho suponía la retirada de un ultimá-

tum anunciado y proclamado con reiteración, quita del camino uno de los mayores obstáculos que hacían difícil cuando no imposible el encuentro para la celebración de negociaciones.

La celebración de las negociaciones es, en sí, uno de los aspectos básicos de la política exterior de los Estados Unidos. Lo había sido en los días de Eisenhower en la presidencia y John Foster Dulles en el Departamento de Estado, y lo sigue siendo, con ninguna diferencia fundamental y sin apenas diferencia en la forma o en lo circunstancial, en los días de Kennedy y de Dean Rusk. Con *brinkmanship*—esa aproximación al borde del abismo en cuyo fondo se imagina que está la guerra, poco menos que inevitable—o sin ella, ha llegado a ser tan fuerte y firme el sentido de la continuidad en la política exterior norteamericana que en la historia reciente de los Estados Unidos no se ha dado un caso parecido de transición de una Administración a otra, incluso con el mismo partido en el Poder. No es pura casualidad el hecho de que sean republicanos algunos de los principales colaboradores del presidente Kennedy, a pesar de ser él demócrata y de haber prometido grandes cambios en toda la dirección de los asuntos nacionales, y que algunos otros sean profesionales más bien que políticos, con lo que esa tendencia llamativa se siente vigorosamente fortalecida.

Al apuntalar sus decisiones con medidas encaminadas no sólo a crear la impresión de que la potencia de los Estados Unidos es grande, sino de que está en condiciones de entrar en juego, de que en estas cosas en los Estados Unidos se actúa en tiempos de paz como en otros países se actuaría en tiempos de guerra, se busca crear una sensación de viva realidad precisamente en aquello sobre lo cual eran mayores las dudas que se tenían. Para que la política de una gran potencia sea realmente eficaz hace falta algo más que la fuerza indispensable para respaldar debidamente las decisiones de esa política, eso que actúa por persuasión más bien que por acción, porque de existir el convencimiento de que se cuenta con todo el poder necesario y, además, con la voluntad de aplicarlo, apenas se podría pensar en que una situación cualquiera, por grave que fuese, pudiese conducir al *point of no return*.

En los momentos mismos en que con más calor se criticaba al presidente Kennedy por no conseguir—a causa de una insinuada debilidad o inclinación a la inconsistencia—dar «credibilidad» al *deterrent* que se decía había alcanzado el punto de la máxima saturación eficaz, cuando una «fuerza secundaria», lo que quedase después de haber recibido el país un devastador ataque por sorpresa, todavía seguiría siendo igual o mayor que todo lo que

el enemigo pudiese movilizar y más que suficiente para producirle una destrucción absolutamente completa, el principal antagonista de los Estados Unidos, la Unión Soviética, daba un paso que hacía pensar en que esa «credibilidad» existía, sin duda alguna, al menos por el Kremlin. De ser esto así—y apenas se podría encontrar una explicación más satisfactoria al pasado por Jruschef, de repliegue, no de avance de las posiciones que habían dado un carácter agobiador a la crisis de Berlín—, Mr. Kennedy podría prepararse para pasar a una nueva fase en el desarrollo de su teoría sobre política exterior. En más de una ocasión había dado a entender que existe ya la necesidad de aceptar las consecuencias que para la Humanidad tiene el vivir en la era atómica: la única manera de conservar, es más, de afianzar, la paz del mundo, está en llegar a una serie de reajustes y compromisos sobre las grandes cuestiones pendientes y que la guerra fría apenas ha hecho otra cosa que agravar y acentuar. Evidentemente, para llegar a una situación así haría falta siempre una buena labor preparatoria. A ello se había dedicado el presidente Kennedy hasta ahora. Del acierto con que lo haya hecho darán fe futuros acontecimientos.

Hay un aspecto, por lo menos, de la cuestión que deja ya poco margen para la duda: Moscú parece tener el convencimiento de que por Berlín, que apenas si es otra cosa que el síntoma de la grave enfermedad que padece el mundo de la postguerra, los Estados Unidos pondrían en movimiento todo el inmenso poder de devastación que ha sido acumulado en una época en la que sólo una bomba H puede tener muchas veces la potencia de todos los explosivos de que se haya hecho uso jamás, en la guerra o en la paz, desde que Alfred Nóbél inventó la dinamita.

* * *

Para la eficaz corrección de los errores del pasado, remotos o recientes, no basta con volver la mirada hacia atrás, en busca de fuertes puntos de apoyo con los que no se contó en el momento oportuno o de los que no se hizo caso. O para descubrir tal vez fallos y debilidades en las acciones de un antagonista. Por eso había dejado una sensación de alarmante esterilidad la conclusión a que parecía que se había llegado en los Estados Unidos: que nunca se debió de haber permitido a los comunistas de la Alemania oriental levantar esa asombrosa barrera—*Die Mauer*, la muralla, la llaman los alemanes, con el acento y la actitud de quien se siente más bien víctima de la rabia que atraído por el sarcasmo—de bloques de cemento de ninguna consistencia o alambradas poco intimidadoras de por sí. ¿Podía

haberse impedido eso? Si algunas autoridades occidentales—norteamericanas hasta ahora nada más—podían, cuando ya la situación había empeorado mucho más, entrar y salir en el sector oriental de Berlín y pasearse por él a veces con la escolta de soldados en atuendo de combate y con la bayoneta calada, tan fácil por lo menos hubiera sido el haberse estacionado a través y a lo largo de la zona fronteriza que parte en dos la antigua capital de Alemania, con lo que al comunismo no le hubiera quedado más remedio que replegarse cabizbajo o intentar abrirse paso con el recurso a la violencia. Lo que los comunistas hubieran hecho en semejante situación nadie lo podrá saber jamás. Ni siquiera, es probable, Jruschcef o Walter Ulbricht, su representante directo en el régimen de la Alemania Oriental, porque aun en el caso de que esa posibilidad hubiese sido tenida en cuenta, en el momento oportuno, es poco probable que la decisión final fuese adoptada antes de producirse el hecho que, en definitiva, no llegó a cristalizar. Era tardía, pues, estéril, y podía ser hasta contraproducente la actitud que se fué generalizando mucho por los Estados Unidos cuando sólo habían pasado un par de meses a partir de aquel 13 de agosto en que *Die Mauer* empezó a separar los dos sectores de Berlín, que calificaba como una «trágica equivocación» la falta de la oportuna decisión norteamericana para hacer frente a lo que se consideraba ser una acción comunista total, absolutamente ilegal. Porque no sólo el régimen de Pankow, como a menudo se llama al Gobierno de la Alemania Oriental, no había sido reconocido, sino porque Berlín continuaba, en teoría por lo menos, en la práctica a menudo, bajo la autoridad suprema de una intervención aliada que por un lado tenía expresiones tan concretas como la presencia de fuerzas armadas y uniformadas de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, y por la otra instrumentos tan evidentes como un puesto de mando y un servicio de control y vigilancia de las comunicaciones entre los dos sectores de la ciudad y entre el Berlín occidental y el resto de la República Federal Alemana. Otra prueba, entre muchas, de la continuación del régimen de gobierno cuatripartito de la ciudad, más en la teoría que en la práctica, pero continuación al fin, era la famosa cárcel de Spandau, donde todavía norteamericanos, ingleses, franceses y rusos se venían turnando con regularidad rigurosa en el último de los lugares de prisión para los «criminales de guerra» juzgados en Nüremberg, quince años antes. En un ambiente así, ¿qué hacían aquellos comunistas alemanes entregados afanosamente a levantar una muralla que tenía la finalidad específica de condenar a un ostracismo demoledor, a la larga, al sector occidental—o a los sectores, por

ser tres, en realidad—de la antigua capital alemana? Entre vacilaciones, debilidades y alguna que otra muerte, puesto que la vigilancia comunista parecía dispuesta a todo con tal de cortar radicalmente la sangría que iba dejando lenta, pero ineluctablemente, despoblada a la Alemania oriental, podía acabar produciéndose un cambio radical en la situación de Berlín, la víctima ya más bien que la causa de una crisis que había puesto en juego nada menos que el futuro de toda Alemania y quizá de la paz del mundo también. De continuar mucho tiempo aquel estado de cosas podría quizá sospecharse que no tardaría mucho en llegar el momento en que no quedase más remedio que apagar aquel fantástico escaparate en que se había transformado todo el sector occidental de Berlín, que proyectaba bienestar y optimismo por un lado y que deslumbraba y atormentaba a los que, desde el otro, se atrevían a mirarlo.

A pesar de visitas y declaraciones, como la del vicepresidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, y de las promesas del presidente Kennedy de no dejar nunca desamparado al Berlín occidental—para demostrarlo fueron enviados en seguida refuerzos militares y allí empezó a residir un representante de Mr. Kennedy, el general Lucius D. Clay—, no tardó en tenerse la incómoda, desalentadora sensación de que el Berlín occidental estaba condenado a morir por haber tenido la osadía de no ceder ante las intemperancias del señor Jruschef.

Todavía no hacía dos meses que se había empezado a levantar aquella fantástica muralla, que ofrecía ya casi por todas partes claros indicios de ancianidad y decrepitud, hasta el punto de ser necesarias reparaciones urgentes de lo que se estaba desmoronando, cuando por el Berlín occidental cundía el desaliento. «Cosas que nunca se habían considerado posibles hasta ahora—comentó un alto funcionario de la ciudad—están produciéndose ya. Esto va derecho a una crisis de confianza.» Un periódico tan leído como el *Bild-Zeitung* se preguntaba, con alarmistas titulares de primera página: «¿Se está haciendo almoneda de Alemania?»

Inesperadamente, de la noche a la mañana, se había producido un cambio radical. Los dos millones largos de residentes del Berlín occidental que habían trabajado y resistido con decisión y optimismo, incluso en los duros días del famoso «puente aéreo» de 1948-49, que habían contemplado con confianza un futuro que sólo podría serles favorable—apenas se podría encontrar mejor testimonio que aquella huída constante, aquella «votación con los pies» que iba reduciendo sin cesar, de una manera implacable, la población de la Alemania oriental y que había tenido su momento de más

resuelta decisión en las veinticuatro horas anteriores al 13 de agosto, cuando se empezó a levantar aquella *Die Mauer*, con miles de evadidos, en vez de docenas o, en casos extremos, de algunos centenares, cada día, año tras año—, acabaron dando la sensación de que todo, en realidad, estaba perdido. Aquella propuesta original de Jruschef de convertir al Berlín occidental en una «ciudad libre» quizá hubiera sido mejor que lo que se tenía por delante: el envejecimiento y, en definitiva, la extinción.

* * *

Berlín había sido, hasta el 13 de agosto pasado, una ciudad asombrosa. Por un lado, el sector occidental, con las dos terceras partes de la población, aproximadamente, reconstruido, modernizado y transformado en el testimonio más elocuente del contraste entre dos regímenes. Por el otro, una ciudad sin vida, con ruinas y escombros todavía por todas partes, a un paso nada más del «Stalinale», que más que una calle que se quiso convertir en la demostración de vigor y vitalidad de un régimen, daba la sensación de ser el mausoleo erigido para recuerdo de los muertos, de lo que no era ya más que pasado.

Y, con todo, una ciudad que a la larga no podría soportar las consecuencias de una política que había dividido a la nación a tiempo que la había dividido a ella, con las extrañas lenta pero fatalmente corroídas por una enfermedad de cuya naturaleza daba alguna idea el hecho de que para que el Berlín occidental viviese y prosperase, como lo estaba haciendo, era absolutamente indispensable un desplazamiento constante de los residentes de un sector hacia el otro. Sin las decenas de miles de residentes del Berlín oriental que trabajaban—y con frecuencia compraba también—en el Berlín occidental, el famoso llamativo escaparte no podría mantenerse eternamente iluminado.

Berlín, el Berlín occidental, a 175 kilómetros de distancia del punto más próximo de la República Federal alemana, necesitaba gente para poder trabajar—estaba convertida esta parte de la ciudad en la mayor y más activa de todas las poblaciones industriales del país—y vivir. Y aun en el caso de que no se hubiese levantado esa fatídica muralla pudiera pensarse en un mal futuro a menos que se encontrase una solución definitiva y satisfactoria para todo el problema de Alemania, del país que además de haber quedado cercenado a la terminación de la segunda guerra mundial, al arrancársele trozos enormes de su territorio, quedó también dividido. Desde hacía años,

Berlín, el conjunto de la ciudad, estaba perdiendo una pequeña parte de su población.

Algún sentido tienen, es de suponer, datos sobre el movimiento de población en Berlín—en toda la ciudad—en unos cuantos años. Es esta la historia que cuentan, no por silenciosa menos elocuente:

1925:	4.020.000	habitantes
1939:	4.340.000	»
1945:	2.870.000	»
1950:	3.340.000	»
1960:	3.290.000	»

Berlín llevaba algún tiempo perdiendo habitantes. El movimiento empezó con anterioridad al 13 de agosto. El hecho de que desde entonces haya habido gente que prefiriese irse a otro sitio pudiera tener poca o ninguna importancia. Que un hotel tan lujoso y hasta entonces tan concurrido como el Hilton, de reciente construcción, se quedase vacío, podía ser un fenómeno pasajero. Como podría serlo también la enorme abundancia de los anuncios de venta de propiedades, clara demostración de que la situación empezaba a ser incómoda para mucha gente.

Todo tendría solución, sin duda, hasta la inversión de un proceso que no sólo va reduciendo la población, sino que la va envejeciendo también y dando además una creciente preponderancia numérica a la mujer sobre el hombre, si fuese posible hacer que renaciese la confianza en un centro urbano que tiene todavía muchos recursos, energía y decisión. Lo suficiente para que recuperase en seguida el optimismo y el vigor que han hecho del Berlín occidental algo tan distinto del Berlín oriental. Prácticamente iguales por la superficie—el sector occidental tiene 480 kilómetros cuadrados y el oriental 400—, uno tiene 2.200.000 habitantes y el otro 1.100.000 nada más. Y mientras uno ha gozado de un ambiente de prosperidad y bienestar sin precedentes, el otro casi parece que se va resignando a vivir sin más horizontes que los formados por montones enormes de escombros, sin mejor perspectiva posible que el «mausoleo» del Stalinalle. A menos, es decir, que algún día surgiese la oportunidad de hacerlo explotar todo en otro acto de rebeldía como aquel 17 de julio de 1953.

El contraste entre uno y otro sector es todavía demasiado grande y llamativo para que se pudiese pensar siquiera en que todo se podría perder en un acto de desesperación. El Berlín occidental es algo extraordinario, in-

cluso en un país como la República Federal Alemana, donde en unos pocos años se ha producido el «milagro» de transformar en una gran potencia —acaso desde más de un punto de vista en la mayor potencia de la Europa occidental—lo que, hace aún pocos años, apenas era más que un panorama de ruinas, devastaciones, desmantelamientos y, para colmo de todo, división en zonas de ocupación. El crecimiento del Berlín occidental está reflejado en unos pocos datos. Como los que resumen el *turnover*—el valor de toda la producción y servicios—que en 1950, el primer año completo después del «puente aéreo», fué de 1.781 millones de dólares, y desde entonces no dejó de subir con rapidez, hasta alcanzar la cifra de 6.385 millones de dólares en 1960, algo que es poco menos que inverosímil. Pero ni siquiera había dejado de subir en los que se iban acercando a la fecha tope fijada por Jruschef para tomar una decisión última, demostración inconfundible de la vitalidad de una población que carecía de los elementos básicos de sostenimiento, hasta de la piedra y otros materiales de construcción y, por supuesto, del *interland* que va asociado tradicionalmente a toda gran concentración urbana. El Berlín occidental era una isla rodeada por un mar hostil, aunque contaba, sin duda, con grandes ayudas; tenía siempre la necesidad de hacer frente a grandes dificultades, sobre todo a la ausencia de mercados próximos, tanto de abastecimiento como de consumo que fuesen, como suele suceder en todas las ciudades, la prolongación geográfica natural de su misma posición económicamente especializada. En el Berlín occidental casi todo era o importado o exportado, y lo que se exportaba apenas era otra cosa que lo que antes se había importado, aunque estuviese ya transformado, por supuesto.

El 65 por 100, por lo menos, de toda la producción industrial del Berlín occidental se destina a llenar las necesidades del mercado de la República Federal Alemana, a cientos de kilómetros distante, por lo menos. Es una producción muy variada, que va de los aparatos eléctricos y electrónicos a las ropas confeccionadas. El 12 por 100 de todos los productos de la industria eléctrica y electrónica que se consumen en la Alemania occidental salen del Berlín occidental, donde estas dos ramas representan el 29 por 100 de toda su actividad industrial. Otras actividades muy importantes son los tejidos y la maquinaria, los productos químicos y los instrumentos de óptica, las máquinas herramientas y los instrumentos de precisión, la cerámica y los medios de transporte, en particular las embarcaciones para las vías fluviales de comunicación. El 46 por 100 de todas las

ropas confeccionadas de mujer que se venden en la Alemania occidental salen también del sector oeste de Berlín.

Durante la primera mitad de 1961, «la producción industrial del Berlín occidental había subido en un 15 por 100—decía un informe del *Berliner Bank*—en comparación con la primera mitad de 1960», que era aproximadamente lo que había sucedido en el mismo período de 1960 en comparación con la primera mitad del año anterior. En cambio, en la Alemania occidental la situación había experimentado un cambio considerable, pues si bien en la primera mitad de 1960 se había registrado un aumento del 11 por 100 en la actividad industrial en comparación con el mismo período de 1959, el ritmo de aumento al pasar de 1960 a 1961 había disminuído considerablemente, hasta quedarse en un 8 por 100 en los primeros seis meses de 1961 en comparación con los primeros seis meses de 1960.

De momento, es más, las perspectivas continuaban siendo favorables, según este mismo informe, que decía que la economía del Berlín occidental «disfrutaba del mejor estado de salud». Ese estado de salud podría verse afectado, sin embargo, de prolongarse indefinidamente esas condiciones anormales que empezaron a ponerse de manifiesto o agravarse mucho a mediados del pasado agosto, con el cierre, lo más hermético posible, de la frontera entre los dos sectores de la ciudad. De casi un millón de nombres que formaban el censo del trabajo en el Berlín occidental, unos 60.000 aparecían con residencia habitual en el Berlín oriental, eran lo que se llamaba *Grenzgänger*, gentes que iban diariamente hacia la frontera, para cruzarla por la mañana y volver a cruzarla, en dirección contraria, por la tarde. Además, se calculaba que otros 20.000 por lo menos eran también alemanes de la parte oriental que trabajaban en el sector occidental de Berlín, pero sin figurar oficialmente como residentes de la parte contraria. Aun después de calcular que de todo este total, un porcentaje considerable de todo el censo laboral del sector oeste de Berlín, no menos de 10.000 personas habrán conseguido huir al Occidente, quedaría siempre al descubierto un balance considerable, tal vez destinado a ir subiendo con el tiempo, a menos que se encontrase alguna otra solución para un problema que posiblemente tenga consecuencias que se empiecen también a sentir por la Alemania occidental.

* * *

Por muy artificial que parezca la crisis de Berlín—y sobre su artificialidad apenas si puede quedar ya duda alguna, al menos del lado soviético,

que ha buscado ante todo puntos de apoyo y argumentos con miras casi exclusivamente a forzar el reconocimiento del régimen comunista de la Alemania oriental—, son pocos, ciertamente, los motivos que se tienen para dudar de su mucha gravedad. Cuando no sólo se ha levantado una muralla entre los dos sectores, sino que se ha ido abriendo una zona de medio centenar de metros de anchura a lo largo de ella, allí donde ha sido posible hacerlo, talando árboles, allanando obstáculos con el empleo de *bulldozers* y hasta derruyendo edificios y trasladando a los inquilinos hacia otros lugares, por muy artificiales que fuesen los orígenes de una situación, es evidente que la situación en sí puede haber llegado a ser de mucha gravedad. Es más, la mejor manera de representar—y de medir también—la gravedad de una situación general, está en contar con casos y ejemplos concretos como el de Berlín. Sin eso, sin Berlín, cuya crisis ha justificado las decisiones adoptadas para el envío inmediato de considerables y poderosos refuerzos para las tropas norteamericanas estacionadas de manera permanente en la Alemania occidental, con unos 40.000 hombres más como refuerzo inmediato de más de 150.000 que figuraban distribuidos entre cinco divisiones y ciertos servicios, no se comprendería bien la actitud de gran solemnidad con que el presidente Kennedy se dirigió a miles de alumnos, profesores y relevantes personalidades reunidas en la Universidad de la Carolina del Norte. «Nos encontramos viviendo—advirtió—en el tiempo de mayor peligro en la historia del género humano», razón más que suficiente para que ya no sea fácil ni siquiera posible «encontrar una respuesta segura para nadie», ni quizá, es probable, para nada.

Durante un tiempo considerablemente largo, durante todo el tiempo, por lo menos, que había transcurrido desde que a fines de noviembre de 1959 Jruschef planteó la cuestión de Berlín en forma dramáticamente agudizada, empezando por dar un plazo de seis meses para su resolución, se ha podido ver claramente que Berlín sólo era, en el mejor de los casos, el pretexto y el punto de apoyo del Kremlin para forzar la mano del Occidente, empezando por los Estados Unidos, y alcanzar el reconocimiento del régimen comunista de la Alemania oriental. Por razones que todavía no han sido explicadas satisfactoriamente—quizá, al menos en parte, por la necesidad de reforzar con el prestigio del reconocimiento un régimen que más que impopular era odiado por la abrumadora mayoría de la población de la Alemania oriental—a Moscú le había entrado mucha prisa por resolver en forma satisfactoria el problema de Alemania. Las esperanzas que pudo tener Moscú algún día en una Alemania que por estar neutralizada había de

estar esencialmente a merced de la Unión Soviética, se habían desvanecido por completo con el proceso de rápida formación de la *Bundeswehr*, la fuerza defensiva de la Alemania occidental, que está desde un principio integrada en la O. T. A. N. No sólo el proceso de formación de esta fuerza hacía grandes progresos en los últimos años, sino que se afirmaba y aumentaba día a día la posición política de la República Federal Alemana, consecuencia en buena medida del vigoroso fortalecimiento de su posición militar, gracias a la feliz, para Alemania, conjunción de ciertos factores de singular influencia, como el vacío que en la posición tradicional de Francia había producido el traslado a Argelia de la mayor parte de su Ejército, la íntima colaboración de los Estados Unidos con la Alemania occidental, para la debida dotación de la *Bundeswehr*, incluso con armamento atómico (aun cuando la carga explosiva continuaría bajo la autoridad del mando militar norteamericano) y la modificación, suavización e incluso supresión de muchas de las restricciones que por acuerdo entre los aliados vencedores de Alemania en la segunda guerra mundial se habían impuesto con miras a impedir la iniciación y desarrollo en el futuro de una posible política de rearme. En Moscú—y quizá más todavía en Polonia, temerosa de que pudiese llegar el momento de proceder a la revisión de las fronteras que habían reducido considerablemente la superficie de Alemania, y muy especialmente la frontera del Oder-Neisse—se llegó a tener el convencimiento de que por la Alemania occidental se estaban colocando ya las bases para el desarrollo de una política de revancha, activa y vigorosa. De poco serviría decir que Polonia hubiera seguramente preferido las fronteras antiguas a las nuevas. Mientras la Unión Soviética fuese una gran potencia no permitiría jamás una revisión que permitiese hacer grandes alteraciones en la frontera entre Polonia y Alemania. Por lo tanto, la cuestión fronteriza que alguna vez se pudo creer que había quedado definitivamente resuelta—no deja de ser curioso el hecho de que la frontera del Oder-Neisse hubiese quedado trazada con carácter provisional—se agudizó de pronto. Más que por causa de una atención o un interés especial de la Alemania Occidental, que siempre insistió en considerar como provisional lo que provisional había sido en el momento de su creación, por la impresión que en Moscú, Varsovia y otras capitales del mundo comunista produjo la decisión y rapidez con que la Alemania occidental pasaba a convertirse en una pieza fundamental del sistema defensivo europeo. La esperanza que pudo la Unión Soviética haber puesto en el Pacto de Varsovia como el instrumento capaz de neutralizar la O. T. A. N. había quedado esfumada hacía tiempo. Y en

cuanto a Polonia, «el temor a una Alemania reanimada y armada—comentó no hace mucho Walter Lippmann—, que buscaba recuperar sus territorios del Este, es, después del Ejército rojo, el hecho más poderoso que liga al mundo satélite a Moscú».

* * *

Basta ver la propaganda y los ataques soviéticos para tener una idea, quizá muy aproximada, de la realidad de una situación que, por el lado soviético, aspira fundamentalmente a impedir el rearme de la Alemania occidental. Porque una Alemania occidental rearmada va camino de convertirse —ya lo es, en realidad— en la influencia decisiva de la O. T. A. N., con la posible excepción de los Estados Unidos, puesto que de no producirse algún cambio radical en la actual tendencia, no pasará mucho tiempo sin que sean alemanes la mitad por lo menos de las divisiones de primera línea (22 en estos momentos, no todas completas) de las fuerzas armadas de la O. T. A. N. Y porque, más importante todavía, a la larga, con una Alemania occidental poderosamente armada serán muy pocas ciertamente las posibilidades que pudiese tener algún día la Unión Soviética de reanudar la marcha hacia el Occidente que una vez se vió interrumpida como consecuencia, en gran parte, del Plan Marshall y la creación de la O. T. A. N. misma. Aquello introdujo factores radicales de cambio en una situación que se presentaba como altamente favorable para el comunismo y desde entonces no se ha producido ningún hecho fundamental que fuese capaz de devolver las cosas al estado en que se encontraban en 1947. Es más, se contó también con un factor poderoso de afirmación: la presencia de una fuerza que sacó en poco tiempo a la Alemania occidental del estado de marasmo y neutralismo en que había caído, para inclinarla resueltamente hacia el lado del Occidente anticomunista.

Con una situación así empieza a tener poca importancia, en realidad, cualquier posible relación de causa y efecto en el desarrollo de esta crisis. No hay duda que han sido grandes y graves los errores cometidos, algo a lo cual aludió no hace mucho todavía el senador J. William Fulbright, en forma un tanto misteriosa, cuando dijo en Londres, hablando de su país, los Estados Unidos, que «nosotros cargamos con pesadas responsabilidades por las estupideces de esta situación».

Claro que los aliados occidentales pudieron haber llegado a Berlín antes que los rusos, con lo cual es posible que se hubiese evitado, para tres lustros más tarde, el planteamiento de una crisis tan grave. Aun cuando

para aquel 12 de abril de 1945 en que unidades del IX Ejército de los Estados Unidos, al mando del general Simpson, llegaron a la orilla del río Elba por las cercanías de Magdeburgo y Tangermunde, a cosa de un centenar escaso de kilómetros de Berlín, ya los soldados del mariscal Zukov se encontraban a menos de 60 kilómetros de la capital de Alemania, no era menos cierto que las tropas norteamericanas podían avanzar apenas sin tropezar con resistencia o dificultades y las fuerzas soviéticas se encontraban clavadas al suelo como consecuencia de una resistencia tan enconada que requería mucho tiempo y mucha sangre para poder adelantar las posiciones en unos cuantos metros más bien que en algunos kilómetros. En realidad, llevaban dos meses así, tratando desesperadamente de establecer alguna cabecera de puente en el lado occidental del Oder.

Cuando el general Simpson preguntó al general Eisenhower, comandante en jefe de los ejércitos aliados en el frente occidental, si podía avanzar, para alcanzar Berlín, la respuesta fué negativa. Se le pidió que se dedicase a la consolidación de sus posiciones y a ensancharlas, por el norte y por el sur, para aumentar constantemente la superficie bajo la autoridad aliada a lo largo del valle del Oder, pero sin pasar este río con miras a reanudar la marcha hacia el este.

Más de una vez, el mariscal Montgomery había querido dirigir una acción poderosa y decidida, a través del norte de Alemania, hasta llegar a Berlín, en una ocasión por lo menos con el apoyo resuelto de sir Winston Churchill, entonces primer ministro de Inglaterra, pero siempre las resistencias acaban siendo insuperables. Y cuando la insistencia británica llegó a ser excesiva se empezó a hablar de la necesidad de cubrir ante todo objetivos militares y a describir a Berlín, como hizo el propio general Eisenhower en una de sus comunicaciones, como «el lugar» que había quedado «convertido en nada más que un sitio geográfico», en algo por lo cual nunca había mostrado él interés alguno. Y cuando la cuestión llegó a conocimiento del general Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos, la conclusión parecía definitiva. «Personalmente—informó Marshall a Eisenhower—, yo sentiría repugnancia de poner en peligro vidas norteamericanas por propósitos puramente políticos.»

Berlín quedaría para ser ocupado por los rusos, lo que sucedió el 2 de mayo de aquel año, mientras que los problemas y las preocupaciones quedarían para los aliados occidentales, para los norteamericanos sobre todo. Especialmente si se tenía en cuenta lo que había sucedido ya, el acuerdo de ocupación de Alemania, partida en tres zonas para ser confiadas a las auto-

ridades militares de los Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética —la decisión de crear una cuarta zona, para ser ocupada por Francia, fué adoptada posteriormente—y la decisión de mantener a Berlín bajo un régimen de ocupación militar aliada, con la ciudad partida en sectores, pero bajo la autoridad de una *Kommandantura* conjunta, rodeada enteramente por territorio de la zona de ocupación militar soviética y sin que se hubiese adoptado decisión alguna sobre las líneas de comunicaciones, por ejemplo. Cuando se hizo alguna referencia a esta omisión, se le dió de lado, pensando quizá en que aquello había sido hecho deliberadamente, con el convencimiento de que así se podrían utilizar todos y cada uno de los medios de comunicación y acceso a la dividida ciudad, no unos cuantos señalados concretamente para ello.

* * *

El hecho de que la Unión Soviética encontrase o no algún punto de apoyo para el planteamiento primero y el desarrollo después de la crisis de Berlín, ¿tendría verdadera importancia? Tal vez no y menos aun por tratarse de una cuestión como ésta, en la que está en juego algo más que Berlín y, en el fondo, algo más que la reunificación misma de Alemania.

Claro que tanto mejor sería para ella si la Unión Soviética consiguiese crear en Berlín una situación de tal debilidad, física y moral, mediante acciones como la construcción de *Die Mauer*, que acabase minando la voluntad de resistencia y, en definitiva, creando condiciones favorables para la incorporación del sector occidental de la ciudad al Berlín transformado en capital del régimen comunista de la Alemania oriental, de lo que lleva el título oficial de República Democrática Alemana. Pero ni esto ni la separación definitiva de la Alemania oriental de la occidental podría dejar enteramente satisfecha a la Unión Soviética, ya que de lo que en realidad se trata es de «ablandar» lo suficiente a la República Federal Alemana para cubrir dos objetivos básicos de la política exterior soviética en el más breve plazo posible: retirar más hacia el Occidente, obligándolas a ser posible a pasar de nuevo el Atlántico, las fuerzas militares norteamericanas estacionadas en Europa (y con ellas las bases militares, por supuesto), y dejar neutralizada—en el caso de no poder ser puesta bajo la influencia comunista—la cuenca del Ruhr, uno de los centros industriales más poderosos del mundo y cuyo control podría ser un factor decisivo en el caso de guerra, sobre todo de una guerra de tipo convencional, de la que quedasen excluidas las armas nucleares.

La posición norteamericana, que llegó a parecer vacilante en ocasiones, se ha ido fortaleciendo y consolidando, quizá en parte como consecuencia de la agresividad misma de la política soviética y en parte también como resultado de una reacción popular favorable a una actitud presidencial caracterizada por una creciente firmeza.

En un discurso pronunciado ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el presidente Kennedy había declarado: «Si existe una crisis peligrosa en Berlín—y esa crisis existe—es debido a las amenazas contra los intereses vitales y los compromisos profundos de las potencias occidentales y la libertad del Berlín oeste. No podemos dejar de cumplir estos compromisos... Un «tratado de paz» que fuese acompañado de provisiones que destruyen la paz sería un fraude. Una «ciudad libre» que no fuese genuinamente libre sofocaría la libertad y sería una infamia.»

No se había producido nada que indicase, que hiciese pensar siquiera, en que los Estados Unidos se negaban a entablar negociaciones sobre la crisis de Berlín. Ni siquiera, quizá, sobre el problema general de Alemania. Pero había indicios claros de que los Estados Unidos no estaban dispuestos, en el estado de cosas a que se había llegado, a hacer concesiones que muy fácilmente pudiesen ser consideradas como una nueva y memorable victoria del comunismo. Pero todavía se tenía la impresión de que el presidente Kennedy no había completado la tarea de preparación de un ambiente que le permitiese moverse con completa soltura, a cubierto ya de toda sospecha y recelo de su propio lado, en el que la sensación de seguridad no acababa de ser completa, y que, por lo tanto, hiciese posible un planteamiento franco no menos que realista de una cuestión que el propio Dulles había calificado de «anormal» pocos años antes.

Cuando el secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, inició una serie de prolongados «cambios de impresión» con su colega soviético, Andrei Gromyko, se vió cómo, a pesar de anteriores demostraciones de firmeza—una de ellas era la decisión de enviar más fuerzas norteamericanas a Europa y otra el desarrollo constante del poder militar de la nación—renació el recelo y aumentó la sospecha. Dentro y fuera de los Estados Unidos. Dentro, al hablar con mayor frecuencia de un «apaciguamiento» y de concesiones; fuera, con actitudes y gestos como aquella «carta abierta» de Raymond Aron, prestigioso comentarista francés, al presidente Kennedy, en la que se decía: «Temo que esté usted repitiendo el error de Cuba. No es ningún secreto que ha estado usted recibiendo consejos contradictorios. Nadie sabe... si es usted un Churchill o un Chamberlain.

»Si, hoy, está usted dispuesto a reconocer (a la Alemania oriental) mejor hubiera sido haberlo hecho antes... Lo que está en juego es... la capacidad de los Estados Unidos para convencer a Jruschef de que está usted en poder de la fortaleza nerviosa (necesaria) para no ceder ante el chantaje.»

Para muchos, dentro no menos que fuera de los Estados Unidos, resultaba difícil cuando no imposible disipar por completo el temor de que, a pesar de todo, «la indecisión y la incertidumbre» siguiesen siendo características dominantes de la política exterior norteamericana. Especialmente en vista del aparente desarrollo de las conversaciones Rusk-Gromyko y la decisión final del presidente Kennedy de recibir al ministro de Asuntos Exteriores soviético en la Casa Blanca, indicio claro de que Mr. Rusk había quedado favorablemente impresionado con la exposición que le había hecho su colega soviético. Se decía que, en resumen, esta posición se resumía en la tesis de que apenas se podría pensar en «mayor tontería» que una guerra sobre Berlín, algo que por otra parte era «increíble e innecesario». Por eso, se añadió, Mr. Rusk se había quedado con la impresión de que Moscú estaba, por fin, convencido de que los Estados Unidos se hallaban ya resueltamente dispuestos a la conservación de todos los derechos de acceso al Berlín occidental y que, es más, el Gobierno soviético se encontraba favorablemente dispuesto para el comienzo de negociaciones sobre una base de igualdad y buena comprensión.

¿Qué significación, si nó, se podría dar a la decisión de Mr. Kennedy de recibir a Gromyko en la Casa Blanca?

Pero aquella entrevista fué un acontecimiento de extraordinaria importancia, quizá uno de los más significativos de los últimos años. Mucho más por estar, del lado del Presidente, cuidadosamente preparada y calculada. No se trataba, era evidente, de entrar en detalles sobre la cuestión de Berlín, que había sido tema principal de las anteriores conversaciones Rusk-Gromyko. Se trataba de dialogar más bien sobre principios y cosas generales, para dejar constancia, sin duda, y también en líneas muy generales, de las cuestiones que pudieran tener interés para los Estados Unidos como temas de discusión y negociación en un futuro más o menos próximo. Gromyko se sintió, es posible, estimulado y alentado. Algo tenía aquella personalidad que había producido una honda impresión en otros muchos y que se mostraba afectuosa, cortés y cordial hasta el punto de dar pie para alguna digresión de tipo familiar. Para acabar, en aquella atmósfera de distinción y hasta un poco cordialmente acogedora, en la reiteración, con

acento que acusaba mucha firmeza, aunque la ocasión pudiese parecer circunstancial, de que los Estados Unidos estaban resueltamente decididos a luchar en defensa de Berlín. Es más, Gromyko debió sentir una sensación extraña, algo que quizá fuese desconocido para él, hombre generalmente duro y seco, al escuchar a Mr. Kennedy cuando le decía que los Estados Unidos no habían recibido todavía de la Unión Soviética ninguna propuesta aceptable para dar comienzo a nuevas negociaciones. Y mientras no hubiese un cambio claro de actitud, los Estados Unidos no tenían, naturalmente, interés alguno por negociar en ninguna de las condiciones que habían sido últimamente motivo de especulación y conjetura, ya fuese al nivel de los ministros de Asuntos Exteriores o, más importante todavía, de los jefes de Estado y de Gobierno.

Ante el recadero del hombre que sentía afición extraordinaria por la parábola y el proverbio, el presidente de los Estados Unidos demostró que también puede él, si quiere, encontrar apoyo en un caudal de sabiduría popular que no es patrimonio exclusivo de un pueblo determinado.

—Usted—dijo el presidente Kennedy, dirigiéndose al señor Gromyko—, nos ha ofrecido cambiar una manzana por una pomarada. Nosotros en este país no hacemos eso.

* * *

Lejos, muy lejos de su intención estaba, seguramente, el dejar al señor Gromyko con la impresión de que los Estados Unidos habían adoptado la decisión de no negociar, sobre Berlín o sobre cualquier otra cuestión que estuviese planteada o pudiese plantearse. Lo que Mr. Kennedy quería decir, y dijo, y lo que el señor Gromyko comprendió perfectamente, es de suponer, es que los Estados Unidos no estaban dispuestos a negociar en la misma forma, tan desalentadora, en que se había venido negociando en los últimos años. Hacía falta no sólo que ambas partes tuviesen un interés real por un posible tema de negociación y el convencimiento, profundo y sincero, de que todo *quid* necesita la compañía del correspondiente *quo*. Hacía falta también, en definitiva, que una y otra parte comprendiesen muy bien que una cosa es negociar y otra muy distinta colocar a una de las partes ante hechos consumados y situaciones de violencia y arbitrariedad de las que apenas se puede esperar otra consecuencia lógica, antes o después, que la humillación o el holocausto, que en esta era nuestra apenas puede ser de otra naturaleza que la nuclear.

Gromyko emprendió el regreso a Moscú y unas semanas después su jefe

hacía una declaración que era sorprendente y que poco antes hubiera sido incomprendible. Aquella retirada del factor tiempo de un ultimátum que automáticamente dejaba de serlo podía ciertamente ser considerada como un gran triunfo del joven presidente de los Estados Unidos, acaso el mayor triunfo que había tenido desde que se encontraba al frente de los destinos de su país.

Podía parecer que la situación de Berlín seguía igual que antes. Sobre todo en vista de la actitud intransigente del presidente de la V República francesa, opuesto por completo a toda negociación sobre Berlín que no fuese solicitada por Khrushchef, el autor de la situación a que se había llegado. Pero se había producido un cambio pronunciado no menos que significativo.

Las diferencias en el campo occidental continuaban siendo muy acusadas. Sólo en líneas muy generales podría decirse que había «una situación a dos», con De Gaulle identificado con el canciller Adenauer, ambos contrarios a las negociaciones sobre Berlín, y con Harold MacMillan inclinado francamente del lado de las negociaciones, posiblemente al nivel de los ministros de Asuntos Exteriores, para empezar, posición en la que, acaso con menos entusiasmo, creía poder contar con la compañía de Mr. Kennedy. Pero la coincidencia por parejas entre estos dos estadistas no pasaba más allá de lo muy general, puesto que la posición oficial de los Estados Unidos había quedado esbozada, en cierto modo, en aquella notable entrevista de la Casa Blanca. Un alto funcionario norteamericano había entonces comentado la situación que se había producido de esta manera:

—Los rusos parecen querer en estos momentos mucho más que nosotros las conversaciones sobre Berlín, y nosotros tenemos el propósito de sacar partido a esta situación.

Para MacMillan, en cambio, la negociación, incluso en condiciones de poca precisión y sin mayores esperanzas de resultados positivos más allá de la posibilidad de continuar dejando abierta la puerta a futuras reuniones y negociaciones, había llegado a tener las características de lo fundamental y obligado en un mundo donde el peligro de una guerra nuclear se iba haciendo un poco más evidente cada día.

Las diferencias eran, en el fondo, mucho más acusadas del otro lado, el de Adenauer y De Gaulle. La cuestión fundamental en el canciller alemán era el evitar toda posibilidad de tener que hacer alguna concesión que condujese al reconocimiento, incluso *de facto*, del régimen de Ulbricht y, en consecuencia, de la situación que se había ido creando y formando a lo

largo de los años de la postguerra por la porción de Alemania que ahora formaba los «territorios perdidos» del Este. Pero esto no sólo no era el menor motivo de preocupación para De Gaulle, sino que alguna vez había hecho ya declaraciones que hacían pensar en que era necesario no menos que inevitable llegar lo antes posible al reconocimiento de una situación que sólo la guerra, en realidad, podría alterar de una manera radical. Es más, mientras Adenauer no podría aceptar bajo ningún concepto el reconocimiento de la división de Alemania y, por lo tanto, la renuncia a la reunificación, por lo menos para un futuro previsible, la posición que De Gaulle estaba empeñado que fuese ocupada por Francia hacía precisamente imposible la reunificación. No sólo porque la reunificación alteraría radicalmente la situación que se había creado en la Europa occidental, al convertir a la nueva Alemania en un factor mucho más decisivo que hasta ahora en la vida de la O. T. A. N., sino porque otra de sus consecuencias acaso inevitables sería una alteración radical y profunda del equilibrio de los factores que condujeron a la negociación del Tratado de Roma y la consiguiente creación del Mercado Común o Comunidad Económica Europea.

Cuando sonase la hora, si sonaba, de dar comienzo a las negociaciones sobre Berlín, la Unión Soviética estaría llamada a encontrarse con una situación profundamente alterada, con algo que había cambiado de manera tan radical que acaso fuese la Unión Soviética misma la parte que sintiese más directamente la necesidad de hacer concesiones, en evitación precisamente de que las negociaciones entrasen en un callejón sin salida o, en cualquier caso, se dejasen suspendidas de nuevo en la forma en que se había venido haciendo con anterioridad. Y esto a pesar de la sensación de aparente deseo de los Estados Unidos por crear condiciones favorables a la negociación. Si no fuese así, ¿a qué, por ejemplo, aquella observación del general Clay sobre el deber de los alemanes occidentales de «aceptar la realidad» en su actitud hacia la otra parte de la nación? Había cosas, a veces demasiadas cosas, que no se acababan de comprender muy bien. Cuando ya se iba sosegando la atmósfera, muy alterada por ese comentario del general Clay, representante en Berlín del presidente de los Estados Unidos, vino la declaración del propio Mr. Kennedy, en carta dirigida al ex ministro de Defensa laborista, Mr. Shinwell, que advertía: «En lo que a Berlín concierne, nosotros (los norteamericanos) no estamos comprometidos con fórmulas rígidas y estamos preparados para explorar toda posible y razonable avenida de aproximación.»

Casi al mismo tiempo, los Estados Unidos se encontraban celebrando, a

través de Roswell Gipatrick, secretario adjunto de Defensa, negociaciones de la mayor importancia en la Alemania occidental. Se trataba de aumentar mucho los envíos adicionales de tropas norteamericanas a Europa, a la Alemania occidental sobre todo, muy por encima ya de aquellos 40.000 hombres que se decía habían llegado para el primero del pasado noviembre. Los refuerzos militares que se estaban enviando a Europa y que se continuarían enviando en un futuro próximo serían de mucha mayor consideración, tanto en hombres como en material. Se hablaba del equivalente de seis divisiones, con lo que se duplicarían con exceso las fuerzas—cinco divisiones—que habían permanecido estacionadas en la Alemania occidental desde la fundación de la O. T. A. N.

Evidentemente, se estaba haciendo todo lo humanamente posible por dar una sensación de «credibilidad» a ese *deterrent* que se ha llegado a considerar como la mayor garantía de que la guerra no llegará a producirse. Y como el presidente Kennedy estaba dando un buen ejemplo, al actuar en forma que buscaba mantener un estado de concordancia completa entre lo que hacía y lo que decía, el envío de grandes refuerzos militares a Europa podía no ser—se quería, es más, que no fuese—un entorpecimiento para la preparación de posibles negociaciones por Berlín. Pero era una demostración más de que «al actuar en la paz como otros actuarían en la guerra», los Estados Unidos colocaban a los soldados en las posiciones—y en las condiciones—que podían ser más necesarias y daban así una sensación de mucha mayor «credibilidad» a ese factor disuasivo que se ha convertido en uno de los instrumentos más poderosos y efectivos para el desarrollo o el apoyo de una política. La mejor demostración que a la Unión Soviética podría dársele de que por Berlín estarían los Estados Unidos dispuestos a ir a la guerra con todas sus consecuencias y con el recurso, por lo tanto, a todas las armas y todos los medios conocidos de combate, estaba precisamente en aumentar incesantemente el número de las tropas norteamericanas que por encontrarse tan cerca o tan dentro de una situación de peligro harían quizá que no fuese inevitable la guerra por Berlín. Es muy poco probable que a la Unión Soviética le quede duda alguna sobre las intenciones—y la decisión—del presidente de los Estados Unidos.

JAIME MENENDEZ.